

DUKAS, Stratís, *Historia de un prisionero*, trad. del griego, prólogo y notas de M. González Rincón, Labrys Eds., Sevilla, 2001, 79 pp.

«Nada puede encomendar las historias a la memoria con mayor insistencia, que la continente concisión que las sustrae del análisis psicológico. Y cuanto más natural sea esa renuncia a matizaciones psicológicas por parte del narrador, tanto mayor la expectativa de aquélla de encontrar un lugar en la memoria del oyente, y con mayor gusto, tarde o temprano, éste volverá, a su vez, a narrar» [Walter Benjamin, «El narrador» (1936), trad. de R. Blatt, en *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*, Taurus, Madrid, 1991, p. 118]. Acude Benjamin para esta reflexión a un fragmento de las *Historias* de Herodoto (cap. XIV, lib. III), donde se cuenta de Psamenito, rey de los egipcios, derrotado por Cambises, rey persa, mientras asiste al desfile de su vejamen público. Frente a sí discurre el cortejo en cuya carrera ve pasar a su hija, rebajada a sirvienta, que carga un cántaro camino de la fuente, y también a su hijo, en la comitiva hacia su ejecución. En todo el pueblo de los vencidos, arrebatado por la desventura, se alzan grandes ayes de lamento, pero Psamenito se mantiene «aislado, callado, inmóvil, los ojos dirigidos al suelo». Y es sólo al descubrir en la cuerda de prisioneros a uno de sus criados, «un hombre viejo y empobrecido», cuando precipita en un completo abatimiento moral: «comenzó a golpearse la cabeza con los puños y a mostrar todos los signos de la más profunda pena». Es cierto que hasta entonces Psamenito puede que no mostrara con fortaleza suficiente, con marcial compostura, toda su majestad; tal vez soportaba el espectáculo con decorosa abnegación. En todo caso, fue sólo a la vista de aquella imagen que su título y distinción le abandonan definitivamente, abismándole en una ya irrefrenable aflicción. Y comprendemos esa caída, y el irreparable derrumbamiento, y la devastación de su desconsuelo.

Walter Benjamin elogia que las historias de los antiguos estuvieran libres de sobreabundancia, porque sabían avenar, porque desaguaban el curso de los hechos de toda corriente psicológica. Contaban los desnudos hechos en una narración nunca excedida por la superfluidad, y el relato, sencillamente contenido a desgranar los hechos como fueron acaeciendo, no se desbordaba de crecidas informativas, en la incontenible riada hacia la inundación de otros panoramas. Así sucede también en este relato sencillo, extraordinariamente sencillo en su estructura, forma y construcción.

Escrito en lenguaje directo, el de un campesino, narra un sufrimiento prolongado, el que invade a quien hubo de sobrellevar y resistir demasiado tiempo el dolor de la guerra y el miedo que constantemente persigue al prisionero evadido, que en su objetivo de regresar a ser él mismo ha de hacerse pasar por otro.

Es, en efecto, la historia real de un cautivo en su huida, depurada de todo artificio literario, de todo innecesario recurso a la hora de mantener la atención del lector. El estilo conserva íntegra la vívida plasticidad y frescura de la transmisión oral, de modo que Stratís Dukas, su transcriptor, evita interferir en la historia que se cuenta, dejándola contar tal y como sucedió. La fuente de interés son los sucesos que, organizados en una forma narrativa, dan cuenta a través del relato de su propio acontecer. El narrador, Nikólaus Kazáko-glu, griego de la región de Esmirna, va desgranando su historia, con intercalación de diálogos, aunque éstos siempre de un formato tan reducido que en

modo alguno ralentizan el ritmo rápido ni estorban la agilidad del discurso. El relato es, por tanto, muy dinámico, avivando de continuo, en un avance consecutivo, el interés a todo lo largo de su recorrido y hasta el momento en que la historia alcanza su desenlace. El lector, pendiente del relato de este prisionero, queda inmediatamente atrapado en la trama de la historia que el narrador va tejiendo al tiempo que la cuenta.

El testimonio, en todo fiel a voz narrativa que lo articula, nos traslada al conflicto greco-turco originado a directa consecuencia entre la aspiración nacionalista griega por recuperar el esplendor de su pasada identidad territorial, y la situación impuesta al Estado turco por el Tratado de Sévres (10 de agosto de 1920). Una vez terminada la Primera Guerra Mundial las potencias aliadas castigaron la alineación de Turquía con prusianos y austro-húngaros, concediendo a Grecia parte de la Tracia, la península de Gallípoli, las islas de Imbros y la porción asiática de Esmirna, esta última durante un período de cinco años, después del cual un Parlamento local decidiría si de nuevo habría de pasar a dominio turco o permanecer definitivamente en la soberanía de los griegos. Entre tanto, el territorio de Turquía en Europa quedaba reducido a Constantinopla y sus alrededores, y en Asia a Anatolia. Aquel Tratado, que por lo demás también preveía la internacionalización de los estrechos (en la práctica su militarización), nunca fue ratificado por el gobierno turco. Éste, presidido por Mustafá Kemal Bajá, creció en popularidad y poder político con la reivindicación de integridad y devolución territorial, hasta lograr revisarlo en condiciones más favorables, en especial luego de dos victorias sobre el ejército griego deteniendo su ofensiva expansionista, que en el invierno de 1922, tomando por base de operaciones la ciudad de Esmirnia, había apuntado incluso hasta Ankara. Para negociar un posible armisticio fue exigencia, no atendida, la completa evacuación griega de toda Asia Menor. La respuesta militar turca sobre Izmir (la Esmirnia de los griegos) tiene lugar a finales de agosto y concluye el 9 de septiembre con el saqueo y la reducción a escombros y cenizas de la ciudad. Miles de sus habitantes son ejecutados, miles también hechos prisioneros y reducidos a esclavos. Para el mes de noviembre siguiente la Conferencia de Lausana invalida la distribución territorial fijada en Sévres, y abre los estrechos a la navegación de todo buque, con independencia de su cargamento, tanto para tiempo de paz como de guerra, siempre bajo un compromiso de neutralidad que Turquía acepta. En 1923 se pactará el forzoso desplazamiento de la población minorasiática y casi dos millones de miembros de las comunidades griegas que por tres mil años tuvieron su hogar en aquellos territorios llegan a Grecia pasando a constituir, disueltas o dispersas muchas de sus tradiciones, un nuevo estamento social: el refugiado anatólio.

Nikólaos Kazákoglu fue uno de los soldados griegos caído en poder del vecino enemigo turco. También Stratís Dukas, natural de Mosjonisia (Asia Menor), que estudió Derecho en la Universidad de Atenas, había combatido en aquella campaña. Éste, ahora corresponsal del periódico *Makedonía* de Tesalónica, recibió en 1928 el encargo de realizar un reportaje sobre la situación de los refugiados de Asia Menor tras los terribles acontecimientos producidos a principios de esa década.

El azar les reúne en la noche de un café de Stupí, una aldea de Macedonia, donde Dukas oye en propia voz de Kazákoglu, la narración que de su huida y supervivencia, durante un año, bajo el nombre y la identidad turca de Bektset, va formando el relato de tan difícil y sobrecogedora experiencia. Y contaba bien la historia; los orientales fueron siempre buenos contadores de

historias. A mitad de ella, Dukas comprende que ha de preservarla, y comienza a tomar nota escrita. En terminando le pide que la firme, y al siguiente día recupera al dictado la parte del inicio que sus apuntes no habían recogido. Así resulta *Historia de un prisionero*, que para 1999 alcanzaba ya las treinta y una ediciones griegas, y en el año 2001 la primera en traducción española.

La historia, ajena a la recreación ficticia, especialmente para con las escenas de violencia, que conservan en toda su crudeza el desgarrador realismo de su crueldad, ajusta su carácter en una narración cuyo relato sabe bien sin embargo vencer la nunca fácil tentación tanto al espeso tremendismo como al frágil sentimentalismo. Llena de sensibilidad hasta en su decisión más inconsciente, algunas estampas narrativas conmueven por su reconocible humanidad; como la de dos hombres que huyen cogidos de la mano poco antes de separarse, ambos visiblemente enlazados también en sus corazones por una zozobra y temblor tan igual y extenuante que tal parece como si con la urgente ansiedad de cada nuevo paso estuviera a punto de palpar el último latido.

Al recuperar esa imagen, Dukas ofrece perfecta ilustración narrativa para inteligir y comprender la unívoca naturaleza de los hombres, asimismo común a toda y cualquiera condición humana. La pintura narrativa de la guerra, escenario en que la historia se cuenta, ciertamente contribuye a ello. Nos evita toda eventual insistencia en la idea de la guerra como medio de expansión del dominio militar, cultural o religioso, permitiendo que llegue a revelarse como lo que real y verdaderamente es: la mayor de las desgracias que jamás puede conocer un hombre, sea cual sea la variante o sinonimia que adopte (terror, persecución, barbarie, muerte), porque es allí donde más radicalmente la vida humana llega a valer absolutamente nada. Lo único que Dukas procura con la recuperación del relato de Kazákoglu es hacernos aspirar, en profundidad, los hedores del inmenso mercado de la sangre con que tanto el belicismo nacionalista como el fanatismo religioso han contaminado desde siempre la atmósfera de lo humanamente respirable. Entonces todos, como el mismo personaje de la historia, no hallamos otra salida razonable que huir, y en esa misma escapada tiene lugar el que una estrategia de esquivar y soslayo —o en contextos menos trágicos, de evitación y borrosidad— sea simultáneamente ocasión a una catarsis develatoria y coincidente. Quien pasa por alto y supera los ocultamientos que una fe, una raza o una lengua encubre, se rescata y revela en lo más elemental, como hombre común, como humano. Es decir, quien así escapa de la diferencia inconcurrente se acerca a las igualdades indiferenciadas. La obra refleja ese proceso, donde sustraerse de sí mismo es hacerse comúnmente indistinguible. Tal vez por ello, la propia forma en que el narrador nos acerca a la historia, el modo en que la cuenta, tan importante aquí como la condición paradójica del narrador, *prisionero* a la vez que *evadido*, nos permite concretar y comprender qué pudiera estar queriéndonos transmitir. Que los seres humanos son indiferencialmente idénticos, que griegos o turcos, cristianos o musulmanes, ya sean ricos o pobres, y hablen una u otra lengua, constituyen categóricamente *personas*. Negar la radical igualdad entre todos los hombres, significa afirmar la superioridad de unos sobre otros, lo que no es sino otra mutación maniqueísta del determinismo geográfico, una más de las muchas representaciones de la intolerancia, la perversa divisoria entre amigos y enemigos. Dukas/Kazákoglu (Kazákoglu/Dukas) alzan una voz unísona contra semejante estado de cosas. La historia tiene un dónde y cuándo determinados, pero no hasta el punto que la conexión del relato a otro cualquiera lugar y época resulte anacrónica. Por

más que tantas veces, y tan a menudo, la Humanidad, el sentido de lo humano, no parezca «estar de guardia» entre los hombres, la dignidad humana no es un anacronismo.

Con acierto el traductor, que es también prologuista de la presente edición, subraya «que las similitudes básicas humanas están por encima de las diferencias religiosas y étnicas; que las bondades del ser humano son independientes de la raza o pueblo al que pertenezca, y que cuando dos personas se encuentran más allá de todos esos condicionantes, pueden crear lazos profundos que se hunden en el espíritu» (p. 11). Al buen pulso de su excelente traducción, suma lo que como prologuista demuestra en atinado dominio del sentido.

Recordemos. Kazákoglu, vicarialmente como el turco Bektset, es acogido como uno de los propios, con gran hospitalidad, primero por unos yörük (pastores nómadas montañeses), luego, entre aquellos otros que cuidan de los rebaños en la llanura, quienes también serían capaces, justo después de haberle ofrecido su escaso pan, de colgarle del árbol más próximo si advirtieran que pertenecía al «otro bando», con pareja suerte a la fatal de su compañero de fuga. Por supuesto, tampoco habrá lector para el que resulte imposible adivinar que el cómo la acción transcurre hubiera tenido un distinto curso, o sencillamente no hubiera transcurrido más, si Haci Mehmet, el generoso terrateniente turco que ignorante de la identidad vicaria emplea y obsequia a Kazákoglu cuando fue Bektset, incluso invitándole a formar parte de su familia, hubiera conocido entonces la epifanía contenida en la carta que años más tarde reciba. Pero lo relevante no reside en el malentendido de identidades, sino en la complicidad del sobreentendido. Así se infiere al momento en que Bektset vuelve a Kazákoglu, porque no es ya el falso turco reintegrado a verdadero griego.

El que regresa a Kazákoglu es el que ha aprendido a vivir, sobreviviendo extranjero de sí mismo, el significado de la desigualdad diferenciable, de la diversidad. El que retorna es el hombre que al encuentro con «los suyos», cuando incluso uno de ellos le tome por extraño, ya no tendrá miedo en pronunciar estas palabras: «Acércate a mí, amigo mío –le dije–. No tengas miedo de volverte turco» (p. 78).

José CALVO GONZÁLEZ
Universidad de Málaga